

El factor masculino, entre el mercado y la espiritualidad.

Diego Irarrazaval *

Cada persona puede indignarse cuando el cuerpo tanto el femenino como el masculino es objeto de marketing. Mayormente ha habido una cosificación de la imagen de la mujer; pero ahora el mercado también estereotipa y degrada rasgos masculinos. En el mundo de hoy la corporeidad y el mismo ser humano se vende y se compra; cualquier realidad es considerada mercancía. Esto ocurre al interior de centros laborales y educativos, en la publicidad y los medios de comunicación, en el deporte y en festivales, en actividades con carátulas religiosas. También es indignante que sean comercializadas las espiritualidades del pueblo. La mercancía androcéntrica abunda en los espacios públicos y privados en América Latina. También hay que lamentar la adicción a la violencia masculina con sus aspectos simbólicos.

Junto a la indignación también cabe la resistencia, la acción responsable, y el compartir la espiritualidad liberadora. Existen pequeñas y potentes voces e instituciones con una praxis masculina de carácter humanizador. Esto se hace presente en acontecimientos intercontinentales, como por ejemplo el Foro Mundial de Teología y Liberación (FMTL) y el Foro Social Mundial (FSM). En cuanto al género, a muchos varones nos incomoda el androcentrismo y apostamos a formas alternativas. Además, en el terreno creyente se afianzan dinámicas interreligiosas y se desentrañan símbolos de “otras” vivencias de Dios. Su Presencia no puede ser reducida a un tipo de cristianismo occidental, ni tampoco está encadenada a una religiosidad con sello patriarcal.

Nuestras espaldas cargan la vieja problemática cristiana de separar cuerpo y alma, como si fueran dos entidades; durante siglos se ha recalado que el cuerpo perece, y el alma es inmortal. Esta concepción dualista obstaculiza la comprensión del mensaje de la encarnación y de la resurrección de la carne. Mucha gente ha sufrido el trauma de sentir su cuerpo como “ocasión de pecado” y como obstáculo para la salvación. A pesar de ello, el pueblo -con su sabiduría espiritual- aprecia la relacionalidad encarnada y ve signos del encuentro humano-divino. En esta ponencia se consideran aspectos de la temática del género y en especial de la masculinidad (1).

Opino que en la actualidad la problemática mayor es la hegemonía de la mercancía, con la cual es medida la condición humana y el ser masculino y el ser femenino. Esa violencia simbólica afecta lo económico, lo cultural, y lo más íntimo de la condición humana. Esto tiene mayor impacto en el imaginario y en la existencia concreta de mayorías empobrecidas. Por otra parte es importantísima la sensibilidad y el debate sobre paradigmas. Aquí es fundamental la reconfiguración de la espiritualidad masculina.

1) Lectura de cuestiones de género.

Muchos lenguajes son unilaterales y esencialistas. Lo masculino y lo femenino suelen ser tratados de modo a-histórico y sin tomar en cuenta contextos y procesos. Por ejemplo, se dice que el cuerpo refleja al alma, se dice que lo individual equivale a lo personal, y que cada ser humano es independiente del entorno. En América Latina se suelen asimilar de modo acrítico los conocimientos que provienen del mundo desarrollado; y nos cuesta sopesar quiénes y cómo somos y entender al diferente en nuestros procesos históricos. Conviene ser autocríticos en cualquier ensayo de interpretación (2).

En el terreno biológico, la corporeidad suele ser entendida con sus características físicas y en especial con la expresión genital. En el caso del

cuerpo masculino, éste es evaluado por su mayor o menor fuerza e inteligencia y por el comportamiento genital que se apropia del prójimo. Para sobrepasar esas lecturas unilaterales hay que redescubrir el significado del poder relacional, de la sexualidad, de la reciprocidad masculina-femenina. También hay que reconectarse afectivamente con lo que es diferente sin dominarlo, y apreciar lo biológico a lo largo del ciclo vital con su potencialidad y sus limitaciones.

En nuestro continente pluricultural, las actuales lecturas simbólicas se nutren de ricas herencias mestizas, afro americanas, indígenas. En cada espacio es reconfigurado el sentido de vivir. Por ejemplo, la actual vivencia andina correlaciona a varón y mujer dentro del cuerpo de la madre-tierra; pero no sólo eso; también logra relativizar pautas del occidente mercantilizado.

La condición masculina no es una esencia uniforme y abstracta; ella se manifiesta de modos particulares en la modernidad y la posmodernidad. Una cuestión crucial es el capital simbólico. Pierre Bourdieu ha explicado que en “las relaciones de producción y reproducción del capital simbólico” la mujer es objeto cuya función es “el aumento del capital simbólico detentado por los hombres” (3). Esto hoy tiene sus matices diferentes a lo que ocurrió en épocas pasadas. ¿Cómo hoy es deshumanizada no sólo la mujer-objeto sino también el hombre como sujeto omnipotente? Al sopesar la temática del capital simbólico con su carácter androcéntrico, nos damos cuenta de facetas del neomachismo en América Latina.

En la identidad masculina no sólo hay rasgos de género; hay aspectos biológicos, políticos, económico-culturales, simbólicos. En este sentido se han ido desarrollando lecturas históricas. En nuestros contextos priorizamos la lectura de historias del pobre, de generaciones jóvenes y adultas con sus propios itinerarios, de mujeres y de varones discriminados (4). En Argentina,

Gabriela Rotondi anota “la precaria situación laboral y la desprotección vivida por los hombres del sector urbano marginal”, que deriva hacia precarias relaciones sociales y el deterioro de la ciudadanía. En el contexto de varones de sectores medios, Norma Fuller subraya la identidad escindida entre la reciprocidad doméstica, por un lado, y el discurso de la prioridad pública masculina, por otro lado.

Con respecto a lecturas teológicas en América Latina y otras latitudes, ya se cuenta con una gama de escritos sobre género y masculinidad. A los pasos dados por la reflexión bíblica y la reflexión sistemática se están sumando las perspectivas feministas, étnico-culturales, ecológicas. Al respecto sobresalen Rubem Alves, Leonardo Boff, Marcio Fabri Dos Anjos, Ivone Gebara, Benedicto Ferraro, Wanda Deifelt, André Musskopf, Adilson Schultz, Victor Hugo Lapenta, Dolores Aleixandre, Carmen Bernabé, Isabel Gomez Acedo, Juan Jose Tamayo, Andres Torres Q., Francisco Reyes Archila (5). Cabe continuar releendo la riquísima tradición cristiana y con coraje afianzar la teología inculturada en nuestras corporeidades y espiritualidades. Resulta irrelevante y anacrónico un discurso mono-cultural sobre “el” ser masculino. Lamentablemente en nuestros ambientes cristianos abunda el pensamiento monocultural. En cuanto a la fe del pueblo, las identidades tanto masculinas como femeninas conllevan relatos de malestar y de bienestar que tienen sentido en el acontecimiento de Cristo Salvador.

Dada la primacía que tiene lo económico-cultural en el mundo contemporáneo, es necesario ver como el mercado afecta lo masculino y lo femenino. No cabe duda que el género es una cuestión no sólo cultural. Conviene pues conjugar las lecturas desde lo económico y político, lo biológico y cultural, lo teológico y lo psicológico. No hay que permitir que esta temática polifacética termine siendo adueñada por una o dos corrientes de

pensamiento. Para quienes nos movemos en la reflexión teológica ya no es posible ignorarla ni anotarla de manera accidental. La cuestión del género, con sus dimensiones afectivas, económicas, políticas, espirituales, simbólicas, toca e interpela la labor teológica. Al asumir lo masculino cada persona puede desarrollar mejor la sensibilidad, la reflexión y la acción como creyente.

2) Dicotomías y reciprocidades.

El sentido común está carcomido por dicotomías que obstaculizan el deseo de humanización. La distinción entre elementos diferentes es siempre necesaria y válida. Lo problemático en el dualismo es negar al otro, y hacerlo con un esquema esencialista (bueno/malo, etc.). Todo es visto como sagrado o profano, racional o emocional, natural o cultural, material o espiritual, cuerpo o alma, objeto o sujeto.

Con respecto a lo masculino se lo suele ver como algo esencial y opuesto a lo femenino (y viceversa). También es muy problemático que el cuerpo sea reducido a mero instrumento del espíritu, a un objeto empleado por la mente. Cuando se toma conciencia que todo eso deshumaniza entonces es posible desarrollar una visión alternativa a dichas dicotomías. Es una visión holística de correlaciones (que obviamente no cae en el monismo). Se reconocen diferencias y también se desentraña intersecciones e interacciones en toda la realidad.

Desde sus inicios la teología latinoamericana impugnó el dualismo entre el acontecer humano y la historia de salvación (6). Como ya se ha anotado, eso no implica amalgamar todo y negar diferencias. La fuente de Vida no ha sido producida por quienes somos receptores de la gracia de salvación; ni al Creador le confundimos con las criaturas. Dios está presente en cada detalle de la creación y en la misteriosa interacción entre seres diferentes.

En términos humanos, el dualismo es superado cuando hay interacción equitativa, reciprocidad simétrica, que va orientada hacia la vida (7). En este sentido es reubicado lo masculino. Ya no es una postura de superioridad sobre el prójimo y sobre el medio ambiente. Tampoco lo masculino se autocancela en una fantasía uni-sex; ni es devaluado lo específico de ser varón.

En épocas pasadas era subrayada la superior capacidad masculina de pensar y de planificar la existencia; y esto se contraponía a la inferior condición de la mujer caracterizada por intuiciones y por emociones impredecibles. Hoy de manera encubierta y sutil se sigue privilegiando el comportamiento intelectual y ético del varón, en desmedro de la corporeidad y afectividad de la mujer. Me parece que tales esquemas afectan la labor eclesial; por ejemplo, la actitud masculina de impartir contenidos doctrinales, y el calificar el éxito humano según parámetros androcéntricos.

Pues bien ¿en qué consiste el paradigma alternativo? Es una elaboración teórica -la perspectiva de la reciprocidad- y a la vez muy concreta. Existen muchas iniciativas humanas en que entidades diferentes colaboran; no compiten para eliminar al adversario. Esto ocurre en toda clase de actividades socio-culturales. Son iniciativas que pueden sintetizarse así: la reciprocidad al cuidar la vida. Éste paradigma corresponde tanto a varones como a mujeres; y se manifiesta en una gama de culturas y de religiones.

Pues bien ¿qué sentido tiene eso en nuestra realidad de varones? En primer lugar, la irreversible convicción de que hay alternativas al dualismo deshumanizador. Esto conlleva cuestionar y trascender el parámetro androcéntrico. Bien sabemos que ese parámetro (presente en muchas culturas) ha sido sobredimensionado por la civilización nor-atlántica (que penetra en todas partes del mundo). ¿Con qué es reemplazado? A fin de cuenta se trata de afianzar modos de felicidad masculina en las comunidades humanas sin

discriminar ni excluir. Esta calidad de vida masculina ha sido cultivada en las comunidades humanas a lo largo de la historia. La perspectiva de la reciprocidad permite al varón conectarse con otras personas sin dominar al diferente.

En otras palabras, la meta no es la auto-emancipación masculina, sino más bien fortalecer las identidades masculinas, a fin de responsablemente cuidar -junto a otras personas- el don de la vida. Esto conlleva apreciar las energías al interior de cada uno, los dinamismos del medio ambiente, y el estar en armonía con las fuerzas que humanizan. Hoy crece la convicción de cuidar la integridad de la creación y de cultivar sistemas simbólicos a favor de la vida. Por lo tanto, la interacción y la reciprocidad no permanecen en ámbitos antropocéntricos; más bien contribuyen a reconstituír la vida en todas sus dimensiones.

Según la doctrina paulina (véase Rom 8:22-23) la creación y la humanidad gimen con dolores de parto ya que esperan la salvación. Se lleva a cabo pues la reciprocidad cósmica. Somos comunidad en la casa común de la humanidad; vale decir, existe una eco-comunidad de diferentes pueblos en la Tierra. Por consiguiente, ser el Cuerpo de Dios incluye diversas culturas y vivencias espirituales; es una corporeidad una y múltiple, donde hay una permanente interacción entre sus componentes.

Aquí deseo recalcar el cuidar un don. La responsabilidad masculina por la vida no es porque sea omnipotente; más bien se trata de compartir un don acogido y fecundado de modo recíproco. Vale decir existe un trasfondo trascendente. Dios es la fuente del vivir de modo recíproco y comunitario. Al respecto, tenemos presente el mensaje paulino sobre el Cuerpo de Cristo (1 Cor 12,12-30). La reciprocidad es radical: “Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no hubiera división

alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él; si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo” (12,25-26). La metáfora del cuerpo-miembros, como bien anota Irene Foulkes “trastoca las relaciones jerárquicas y las pretensiones de superioridad de parte de algunos miembros de la iglesia” (8). Se trata pues de una radical reciprocidad humana, en que lo débil es indispensable y lo más importante en el conjunto del cuerpo-comunidad de Dios.

André Musskopf anota que en Corinto eran exaltados los espirituales y que el cuerpo era devaluado; y en estas circunstancias Pablo desarrolla la metáfora del Cuerpo. El mensaje paulino puede hoy ser retomado ya que nuestra sociedad “hace del cuerpo un producto y un medio de producción, carente de sentido” (9). En nuestra sociedad lo corporal está terriblemente maltratado. Por eso, tanto el cuerpo biológico como su significado social merecen ser reivindicados. Esto implica impugnar el hedonismo en el mercado y los medios de comunicación. Ellos cosifican toda la realidad. La crítica al hedonismo proviene de una espiritualidad encarnada y a nuestro hastío ante la reducción de todo a ser objeto de consumo. Éste impugnar la mercantilización de la existencia en el mundo de hoy va de la mano con afirmar la bella responsabilidad por la vida entre seres humanos diferentes.

3) Espiritualidad masculina.

Una constante apropiación masculina de cosas y personas no es algo accidental, ni debido a errores puntuales de tal o cual persona. La problemática de fondo es la civilización contemporánea: todo pasa a ser objeto de consumo individual y es tratado como mercancía. En estos contextos la actitud del varón suele ser una mistificación de objetos, incluyendo la propia

corporeidad y la de los demás. Éstos y otros factores hacen que a los varones nos es bien difícil redescubrir una espiritualidad que humaniza.

En cuanto a la institucionalidad cristiana, se presupone que le corresponde al varón explicar a Dios y representarlo. En mi caso, por muchos años he elaborado temas teológicos desde un sujeto indiferenciado (sin explicitar que es un modo masculino de entender a Dios). Gracias a personas a quienes debo el inicio de un largo proceso de conversión he comenzado a ver lo sagrado anotando lo específicamente masculino, a interactuar con sabidurías femeninas sobre Dios, y también señalar la correlación entre las distintas lecturas.

La cuestión de la representación de Dios es aún más complicada. Al ser sacerdote uno (varón) es a menudo tratado como intermediario privilegiado y como signo de lo divino. Al respecto suelo hacer referencia al Evangelio. La vivencia del pobre -y más exactamente la interacción solidaria con cada persona postergada- constituye la mediación de la presencia de Jesucristo. “Tuve hambre y me has dado de comer...”, Mateo 25:35ss. Todo el Evangelio nos interpela. Lo hace a cada ser humano. En concreto al varón le plantea su interacción con la fragilidad y carencia y capacidad del pobre; y puede precisarse: con la humanidad pobre que esta presente en uno mismo. Son desafíos fascinantes. La fragilidad y vulnerabilidad humana es mediación del encuentro con Dios.

Otra cuestión complicada es que lo masculino es calificado como instancia de poder, seguridad, certeza, y que la dimensión femenina es interpretada como receptora, sacrificada, emocional, impredecible. En este sentido uno como varón tiene que hacer esfuerzos especiales para integrar poder y fragilidad, conocimiento y sensibilidad, a fin de disfrutar de una espiritualidad holística. Junto a esta actitud de conversión uno aprecia el

testimonio viviente de quienes conjugan fuerza con intimidad, audacia con receptividad, responsabilidad con gratuidad. Se trata de volver a descubrir el ser frágil-fuerte ante las demás personas y ante Dios. También el redescubrir el ser responsables por uno mismo y por otras personas, ser sólido y flexible, compasivo y consecuente con los principios, solidario y pragmático. Estas facetas tanto masculinas como femeninas se conjugan en la espiritualidad del varón que opta por la vida compartida.

Permítanme seguir añadiendo rasgos personales. Los años de convivencia con la población andina han marcado mi percepción del ser masculino. Como es bien sabido, la principal actividad ritual es la ofrenda de agradecimiento, a través de la “dulce misa” que es un banquete ritual con la Pachamama, y también mediante el breve rito de *ch'allar* (aspersión hecha por varón y mujer con un líquido -vino, cerveza, bebida de fantasía- en ofrenda a un ser sagrado). El ser espiritual masculino, en reciprocidad con el femenino, tiene pues un sello terrenal y cósmico. También está enmarcado por la celebración andina, ya que todo el año tiene hitos festivos donde se desenvuelve el diferenciado-correlacionado liderazgo masculino y femenino. No sólo quienes ejecutan las danzas y músicas autóctonas consolidan sus roles de género; también ello afecta a quienes las admiramos y asumimos de corazón. Con respecto al contacto con el misterio de Dios, la comunidad andina me acostumbró a llamarle *Tatitu* (= Padre íntimo) lo que hago hasta el día de hoy.

En un Taller con el tema de la corporeidad espiritual, responsables laicos en una diócesis andina me han agradecido la oportunidad de ahondar la vivencia de Dios en el acontecer humano en sintonía con la naturaleza. Cada persona ha escogido un árbol y explicitado allí -desde las raíces hasta las simpáticas hojas que danzan con el viento- su espiritualidad cristiana.

También, al dialogar sobre las energías corporales se han reconocido señales divinas. Lamentablemente eso fue y sigue siendo bloqueado y censurado. Al laicado se le inculca asimilar y difundir “la” religión sin rasgos originarios y mestizos. Tienen que participar en ceremonias católicas que pueden incluir algún aspecto indígena, pero que radicalmente descalifican lo autóctono; tienen que poner entre paréntesis las creencias y ritos andinos. Por eso a quienes durante generaciones han creído en el Dios de la Vida -pero les han inculcado parámetros androcéntricos y monoculturales- hay que darles la oportunidad de volver a autogestionar su espiritualidad. Esto conlleva explicitar su fe en Jesucristo, y desenvolver las mediaciones culturales y religiosas a favor de la Vida.

En este sentido vale retomar la temática de constituir un cuerpo en Cristo, y retomar la radical hermandad eclesial. Es una de las hermosas herencias que nos dejó el apóstol Pablo. En Romanos y en 1 Corintios el vivir en Cristo, y la superación del patriarcado mediante la hermandad, son como sólidas cuerdas que animan y conducen hacia adelante el ser creyente (10). Durante estos años he acompañado a muchas personas que -¡sin discursos pero sí en la cotidiana fidelidad a la vida!- han estado engendrando una nueva humanidad en Cristo. Constituyen el Cuerpo de Dios. Colaboran, en reciprocidad fraternal y sororal, a favor de la vida plena de toda criatura. No son sutiles ni burdos propietarios del prójimo, ni jefes, ni manipuladores del porvenir de los demás.

Se trata pues de una radical humanización espiritual. La condición de hijos e hijas de un buen Dios Padre es fuente de honda alegría y de comportamientos muy concretos. Uno va dejando atrás la superioridad pseudo masculina que se alimenta de la devaluación de lo femenino, y que también agrede a hombres considerados inferiores a uno. Al reconocerse a uno mismo

y a los demás en la condición de reciprocidad de hermano/hermana en Cristo e hijo/hija de Dios, va creciendo la espiritualidad del Evangelio de la Vida.

Por lo tanto, el desafío de redescubrir la condición masculina en la historia humana conlleva una opción espiritual. Es una opción que impugna absolutos económico-culturales. Uno va renunciando al parámetro de la mercancía androcéntrica, que a uno mismo y a los demás reduce a objetos de consumo. También uno opta por vivencias de reciprocidad y de reconocer el amable vivir en y con Dios. A los varones nos es posible desenvolver un poder relacional, enriquecernos con la apertura a los demás, y asumir la propia fragilidad (11). Es fascinante desenvolverse “desde” la identidad masculina que asume la fragilidad que caracteriza a la condición humana de las mayorías. La vulnerabilidad genera verdadero poder. De este modo es replanteado lo masculino en América Latina. Empobrecida y azotada por el machismo, ella también es cada día y en incontables formas solidaria y festiva. Replantear lo masculino forma parte de la aventura de la reciprocidad espiritual.

Notas:

* Ponencia que he presentado (24/1/2009) en el Foro de Teología y Liberación (al interior del Foro Social Mundial del año 2009) realizado en Belem do Para, Brasil.

1. Varias lecturas del factor masculino me están interpelando. Las anoto. Mara Viveros, José Olavarría Norma Fuller, *Hombres e identidades de genero. Investigaciones desde América Latina*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2001. Rafael Montesinos, *Las rutas de la masculinidad*, Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno. Barcelona: Gedisa, 2002. Juan Carlos Callirgos, *Sobre héroes y batallas, Los caminos de la identidad masculina*, Lima: Escuela para el Desarrollo, 1998. Sonia Montecino, M.E. Acuña (comp.), *Dialogo sobre el genero masculino en Chile*, Santiago:

Universidad de Chile, 1996. María José Moreno, “Masculinidades en la cultura de la globalización”, en J. Olavarria (ed.), *Hombres, identidad/es y violencia*, Santiago: FLACSO, 2001, 37-54. Norma Fuller, “Reflexiones sobre el machismo en América Latina”, en T. Valdés y J. Olavarria (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago: FLACSO, 1998, 258-267. José Olavarria y Enrique Moletto, *Hombres: Identidad/es y Sexualidad/es*, Santiago: FLACSO, 2002. José Olavarria (ed.), *Hombres, identidad/es y violencia*, Santiago: FLACSO, 2001. Darío García, “Escenarios, imaginarios y construcciones de los cuerpos”, en VV.AA., *Reflexiones en torno al feminismo y al género*, Bogotá: Universidad Javeriana, 2004, 199-210. Humberto Maturana y Gerda Verden-Zoller, *Amor y Juego. Fundamentos olvidados de lo humano*, Santiago: Instituto de Terapia Cognitiva, 1997. Arturo Rico Bovio, *Las fronteras del cuerpo. Crítica a la corporeidad*, México: J. Mortiz, 1990. En el terreno de la reflexión cristiana: Walter Boechat (org.), *O masculino em questao*, Petrópolis: Voces, 1997; Nancy Cardoso, “Sagrados cuerpos”, *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana*, 38 (2001), 5-9; Lucía Riba, “Cuerpos de mujeres y violencia, Una lectura desde la Biblia”, en C. Schickendantz (ed.), *Religión, Género y Sexualidad, Análisis Interdisciplinarios*, Córdoba: EDUCC, 2005, 155-174; Rosaura Barahona, “El varón visto desde los ojos de la mujer”, *Cuadernos de espiritualidad*, 171 (2008), 36-40.

2. Hace un tiempo he confrontado el significado del deber y las dificultades con el placer (*Felicidad Masculina*, una propuesta ética, Chucuito, 2002, 17-18, 26-27). En estos últimos años estoy subrayando lo humano hecho mercancía que conlleva negar al otro ser humano como alteridad que interpela, y también conlleva distanciarse del Otro trascendente. Asimismo subrayo la energía espiritual presente en la humanidad, en el cuidado del medio ambiente, y en mediaciones del encuentro con Dios.

3. Pierre Bourdieu y otros, *La masculinidad, aspectos sociales y culturales*, Quito: Abya Yala, 1998, 78. Bourdieu también hablaba de la “disimetría fundamental” del intercambio simbólico entre sujeto y objeto; una disimetría ratificada y ampliada por “el sistema mítico-ritual” (pg. 78).

4. Gabriela Rotondi, *Pobreza y masculinidad*, Buenos Aires: Espacio Editorial, 2000, 119; esta problemática es examinada más ampliamente por Norma Fuller, *Identidades masculinas, varones de clase media en el Perú*, Lima: PUC, 1997.

5. Lo masculino ha comenzado a explicitarse en la labor teológica; ver SOTER (org.), *Genero e Teología*, Paulinas/Loyola, 2003; VV.AA., *Teología y Genero*, Revista *Alternativas*, 10/26 (2004); VV.AA., *En la encrucijada del genero*, *Conversaciones entre Teología y Disciplinas*, Revista *Proyecto*, XVI/45 (2004); Leonardo Boff, “O masculino no horizonte do novo paradigma civilizacional” (Pgs. 97-116) en su *A voz do Arco-iris*, Brasilia: Letra Viva, 2000; Rose Marie Muraro, Leonardo Boff, *Femenino e masculino*, Rio de Janeiro: Sextante, 2002; Ivone Gebara, *Teología Eco-feminista*, Sao Paulo: Olho d’Água, 1997; Antonieta Potente, *Un tejido de mil colores. Diferencias de genero, de cultura, de religión*, Montevideo: Doble Clic, 2001; Marcio Fabri dos Anjos, “Relações do poder entre homens e mulheres na vida religiosa”, en VV.AA., *Genero e poder na vida religiosa*, Sao Paulo: Loyola, 1999, 22-26; Victor H. Silvera Lamenta, *Masculino e femenino na vida religiosa*, Sao Paulo: Loyola, 2000; Dolores Aleixandre, “Mujeres y hombres en la Iglesia: en busca de una nueva relación”, *Boletín CLAR*, 34/1 (1996), 82-94; Andrés Torres Q., “Teología y genero en el cambio de paradigma”, en C. Bernabé (dir.), *Cambio de paradigma, género y ecclesiología*, Estella: Verbo Divino, 1998, 73-86; Juan José Tamayo, *Teología, Pobreza y marginación*, Madrid: PPC, 1999, 81-114, y “Horizonte feminista” en su *Nuevo Paradigma teológico*, Madrid: Trotta, 2003, 85-110; A. Musskopf y A. Schultz en VV.AA., *A flor da pele*, Sao Leopoldo: EST, 2004, 139-168, 169-193; Francisco Reyes, *Otra masculinidad posible. Un acercamiento bíblico-teológico*, Bogotá: Dimensión Educativa, 2003; Varios Autores, *Reimaginando las masculinidades*, Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana, Quito: RECU, 2007.

6. Véase Gustavo Gutierrez, *Teología de la Liberación*, Lima: CEP, 1984, 90, 96: “las distinciones temporal-espiritual, sagrado-profano, tienen como fundamento la distinción natural-sobrenatural... (Por otra parte) la evolución teológica acentúa la unidad tendiente a eliminar todo dualismo... la vocación única a la salvación valoriza cristianamente -aunque de modo diferente al del pasado- toda la historia humana”.

7. Con respecto a la reciprocidad: Marshall Sahlins, *Cultura y razón práctica*, Barcelona: Gedisa, 1987; Jorge Alberti y Enrique Mayer (comp.), *Reciprocidad e intercambio en los Andes Peruanos*, Lima: IEP, 1974; Emilia Ferraro, *Reciprocidad, don y deuda*, Quito: Abya Yala, 2004; José Estermann, “Relacionalidad del todo” en su *Filosofía Andina*, La Paz: ISEAT, 2006, 123-150.

8. Irene Foulkes, *Problemas pastorales en Corinto*, San José: DEI, 1999, 348. Para el significado doctrinal véase Jurgen Becker, *Pablo el apóstol de los paganos*, Salamanca: Sígueme, 1996: “la Iglesia es cuerpo de Cristo porque el Espíritu, cuyo ser polifacético es visible en la comunidad, es el Espíritu de Cristo que mueve y transforma la comunidad” (pag. 508); y véase el innovador análisis de Aníbal Cañaverl “Engendrar una nueva masculinidad: aproximación desde Pablo”, *Revista de Interpretación bíblica latinoamericana*, 56 (2007), 137-152, que desentraña en las cartas del apóstol de los gentiles la combinación de masculinidad dominante con algunos rasgos alternativos.

9. A. Musskopf, *obra citada*, 143.

10. Véase Rm 1,13, 7,1 y 4, 8,12 y 29, 9,3, 11,25, 12,1, 14,10,13, 15,21, 15:14 y 30, 16:1,14,15,17,23; y también 1 Cor 1,1,10-11,26, 2,1, 3,1, 4,6, 5,11, 6,5,6,8, 7,12,15,24,29, 8,11 y 13, 9,5, 10,1, 11,33, 12,1, 14,6,20,26,39, 15,1,6,31,50,58, 16,11,12,15,20.

11. Adilson Schultz (*obra citada*, 189) acota “el hombre (el varón) aprende a no hablar; es necesario no hablar a fin de ser hombre... hablar de uno mismo equivale a perder poder”. Cuesta decir lo que uno siente y aún cuesta más asumir la fecunda fragilidad.